



Treinta y Tres



Artigas

**N**O en vano han pasado veintitantos años, para que podamos darnos el lujo de un elogio como el que supone el subtítulo. Exactamente con las mismas palabras se referían, los que lo habían visto a nuestra edad, al fútbol de veintitantos años de la época que evocamos; es decir, al de hace ahora cuarenta y pico de años. Sin ninguna duda, los de aquel tiempo habrían de hacer lo mismo con el anterior. Y así sucesivamente hacia atrás: Hasta un momento, en que nada pudiera ya decirse. ¿Por falta de ganas, o porque la gente fuera distinta? No; porque no se había inventado la pelota.

Así es en fútbol como en ganadería, en amores como en política, en profilaxis como en enseñanza. Decimos "¡qué bailes o qué velorios los de antes!", como si realmente evocáramos los bailes o los velorios de antes,

## RECUERDOS DE TREINTA Y TRES AQUELLO SÍ, ERA FUTBOL

cuando lo que evocamos es nuestra propia figura con veinte, treinta o cuarenta años menos. Sáquesenos de encima este peso de tiempo, y se verá como hasta los peinados de las mujeres de hoy nos van a parecer poco menos que "regios" como dicen ellas, y el mismo rock-and-roll nos hará enrojecer no de vergüenza como lo pregonamos en nombre de nuestras más íntimas fibras tangueras, sino de pura emoción.

Cuando Manrique lo escribió, hacía unos cuantos miles de años que "...a nuestro

recer, cualquiera tiempo pasado fue mejor". Y así seguirá ocurriendo sin remedio por muchos miles más, mientras no se encuentre la forma de neutralizar la eterna lucha entre el transcurrir y el existir; o lo que es lo mismo, de quitarle al tiempo esa invencible poder de arrugar hasta al más planchado. De todos modos, no deja de ser una compensación de la vida, en favor de los más viejos, esa especie de "handicap" sobre los más jóvenes, consistente en ver color cielo, lo que estos últimos ya ven color tierra. Aunque para ello, las condiciones de la penca establezcan que deben correr unos mirando para adelante y otros mirando para atrás.

Pero... dígame lo que se diga, lo cierto es que... aquello sí, era fútbol. El de hace veinte y pocos años, naturalmente.

Aunque la Cancha Nueva ya era el "field oficial", todavía eran más lindos los partidos en la Cancha Vieja. Más lindos para jugadores y para espectadores. Para aquéllos, porque se "ayeitaban" mejor; es decir, se sentían más en cancha propia. Y para el público, porque de un día para otro no podía destruir el recuerdo de aquel antiguo escenario de las glorias locales, sobre cuyo césped estaba escrita la hazaña de los primeros ídolos pueblerinos. Se extrañaban las formas de jugar y de ver jugar; se extrañaba cierta pérdida libertad de movimientos, gestos y actitudes de ataque y defensa, tanto de jugadores como de "hinchas" entre sí o recíprocamente. Se extrañaban los añosos eucaliptos que bordeaban el antiguo campo; se extrañaba la vía que le pasaba allí; se extrañaban el aire y la sombra, el color y la temperatura, hasta el barro de las grandes crecidas del Olimar que lo sepultaban. Se extrañaba, en síntesis, una

época que lentamente comenzaba a cubrirse de tiempo.

\*

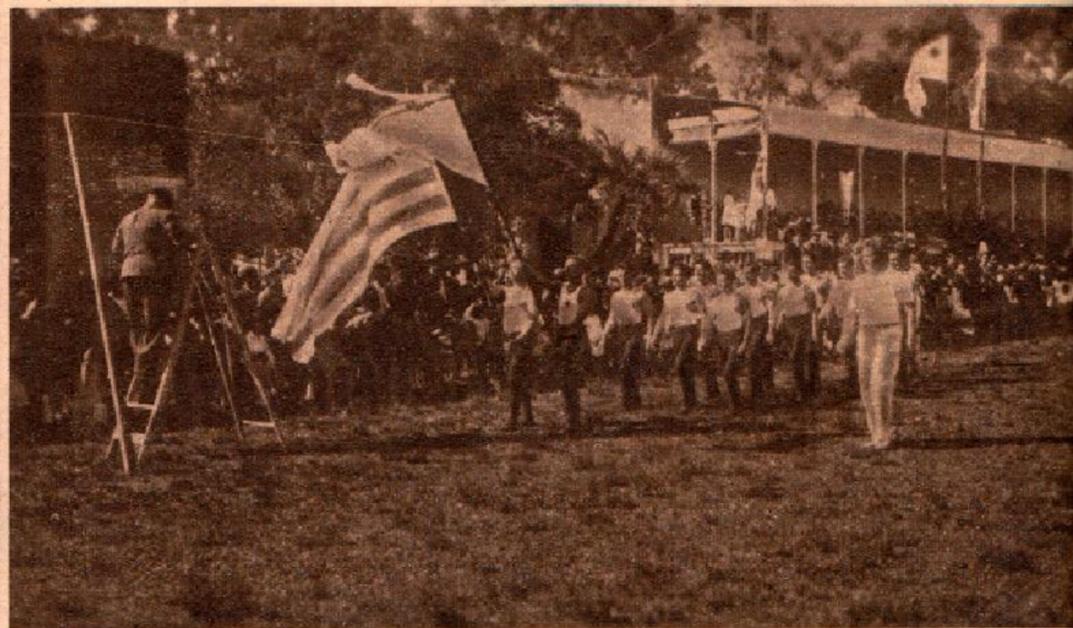
Desnuda como surgió un día junto a la plaza Colón, la Cancha Nueva parecía una verdadera réplica, cerco por medio, a la recargada ornamentación y al excesivo equipamiento atlético (para su tamaño), de aquélla, por entonces en el apogeo de su prestigio como plaza de deportes y paseo de moda. Hasta que nos vinimos, la Cancha carecía de toda otra instalación que no fuera la de ambos arcos y un palco. Su perímetro, especialmente en la lateral de la Avenida Brasil, estaba apenas delimitado por un simple tapujo, vulnerable a la más inocente tentativa del menos curioso y más "flau-chín" de los gurises que por docenas merodeaban espionando cualquier descuido de los milicos durante los partidos. Partido importante había entre el combinado local y el de Yaguarón, la tarde en que el más infeliz de aquellas docenas, quiso "pasarle la pierna", pasando todo el bulto por una rendija del cerco, al más "alaraca", "corsario" y famoso de todos los "botones" que ostentó Treinta y Tres en todos los tiempos, y que supo llamarse Crisoldo Bonilla. Apenas cruzó arrastrándose, el "colado" se hizo una flecha rumbo al grupo de gente más cercano. Pero el más cercano estaba muy lejos, lo que advirtió Crisoldo. Y como no era hombre de resignarse a la disminución en público de su autoridad, echó mano al cuetro y cuatro de reglamento, corrió un trecho para acortar la distancia del prófugo, clavó rodilla en tierra, le apuntó al medio y le "avisó":

—¡Ríndase, en nombre de la ley!  
El gurí tuvo que rendirse. Incondicional-

Nº 160

OBRAS MAESTRAS

MATE DULCE  
FRANCISCO BAUZER



Destile frente al palco de la Cancha Nueva. (Foto De Grandi).



Southampton



Rodó

mente, se rindió. Por el mismo agujero, Bonilla lo hizo... "reconstruir el delito al revés".

\*

En ciertas ocasiones solemnes de encuentros importantes, se traía una bandita para festejar los goles. Fue lo que se hizo cuando un partido del seleccionado local con el de Cerro Largo. Perdió el visitante cinco a cero. Fueron cinco ejecuciones de la banda, que a los melenses no les sentaron nada bien, tomándolas por una "tomada". Cuando fue el seleccionado treintaitresino a Melo, tuvo que aguantar la forma cómo allá le devolvieron el festejo de los cinco a cero que les hicieron los de Cerro Largo.

\*

Los cuadros que por entonces "tallaban", eran "Artigas", "Liverpool-Wanderers", "Rodó", "Southampton" y "Treinta y Tres".

Del "Artigas", formado por gente del Cuartel, recordamos los nombres de Ezequiel Bentancour, "Negrillo" Alvarez, Lauro Cardozo ("Lamboreta"), "Piruca" Juárez, Juan Carlos Segovia, Gilberto Fernández, Juan Antonio y José Dalmiro Olivera Cardozo, "Liquirica", J. Ferreira, Tolo Cardozo y "Manungo". Equipo bien adiestrado bajo severa disciplina militar, sólo en formaciones, marchas, guardias, maniobras y ocho o diez arrestos por mes, los milicos tenían entrenamiento de sobra. Claro que a veces el régimen solía quebrarse con alguna que otra distracción en los "canyengues" de los alrededores del Cuartel; pero con alguna que otra "calaboceada", solía soldarse la quebradura. Capitaneaba y... algo atajaba, el entonces Teniente Arostides Cuadrado.

\*

No es posible concebir al Liverpool-Wanderers, sin la dictadura de Salvador Lacurcia, el sabio consejo de los Dres. Julio César De Gregorio y Morosíño Vaz Martín, la embajada ante la Liga del Prof. Jorge Mitre y el apoyo financiero-moral del Dr. José Oscar Percovich. Pero si un dictador, un par de consejeros, un embajador y un financista suelen alcanzar y hasta sobrar para constituir el equipo gobernante de un país, no alcanzan ni para medio organizar un equipo de fútbol. Para ser el "señor cuadro" que

dicen los más vehementes fue, Liverpool-Wanderers necesitó de jugadores como R. Silva, Ernesto (Yuyo) y Enrique Arbenoiz, Fco. Mariño, Felipe Tapia, Luis C. D'Alessandro (Loreta), Eulogio Batalla (Sargento), Waldemar Saravia, José Lacurcia (Atrique), Cholo Faguaga, Juan C. y Pitito Artega, Negro Hernández, Antenor Rigueti y Cecilio Bezón el de los "zurdazos de zurda". En la lista de los fundadores del cuadro figuran, junto a algunos de los ya nombrados, Camilo Urueña, Aristóteles y Ricardo (Fiero) Macedo, Alvaro Cacheiro, Guzmán Vila Gomensoro (Tongo), etc.

\*

Rodó fue un "cuadro y pico", al decir de algún "hincha" de esos que dicen, y se quedan mirándolo serios a uno, como dispuestos a todo. Pero más que por el cuadro y por todos los picos, Rodó tenía para nosotros entonces otro mérito: el de contar entre sus integrantes, con tres pares de amigos como Artigas y Homero (Cuaco) Barboza, Pancho y Tabaré Obaldía, Barón y Bolívar Marchelli, juntos con quienes calentamos los bancos de la vieja Escuela de Varones en el inolvidable "sexto" de don Salustiano Becerra; o los del Liceo Viejo, en la dorada época de Cutinella, Almirati y García Aust; o los de la antigua Plaza "19 de Abril", a lo largo de las siempre cortitas y nunca bien evocadas retretas domingueras "del buen tiempo que pasó". Integraban también el Rodó, aquella yunta de negros cuyo apellido alcanzó a vincularse a las glorias del fútbol nacional, que fueron Blás y Lino Baz; Luis Izaurraga, Figueredo, Moratorio, Sosa Chico, Odín Piedra, Mesones, "Punta Fina", Benítez y el siempre amartillado botiquín: "Gatillo". Sonaban todavía, entre otros, los nombres de Adhemar y Damián Blanco y del mentadísimo "Zamora".

\*

A Southampton le dio fama la delantera que formaban Miguel Rodríguez (Colorada), Denis, Doroteo Núñez, Caraballo y Hugo de los Santos. De este Hugo de los Santos hay mucho que decir y en su oportunidad lo vamos a decir. Por ahora sólo diremos que es uno de los grandes amigos de allá que siguen durándonos aquí; que a pesar

— a pesar, decimos — de que el Profesor de Geografía en el Liceo era delegado de Southampton ante la Liga, a Hugo siempre le iba tan bien (o tan mal) en Geografía, como bien (o mal) le fuera en la cancha. Entre otros que le dieron prestigio al cuadro, merecen citarse Ceferino Graña y Máximo Silva, Escobar y Melogno, M. Correntes y Abdón Porto, "El Rayau" y "Lavalleja", y Antonio Rodríguez (Corazón), también compañero de banco, cuya ancha sonrisa ya no es más que un recuerdo. Poco antes de nuestra época, había "hecho época" el trío Brum: "Pichón", Pedro y Amílcar.

\*

A "Treinta y Tres" había que respetarle una ventaja: el nombre. No nos olvidamos de lo que nos decía un "hincha":

— Cuando yo grito "arriba Treinta y Tré viejo y peludo", talmente que voy viendo el Departamento salirse del mapa con un general...

No por nada Treinta y Tres dio jugadores como Pedro, Ciriaco, Juan y (también) Antenor Rigueti, Pedro Mautone, "Carancho" Sosa, "Pampa" Aguiar, Castiglioni, Sansberro, Carrasco, Fonseca, Fassio, "Arremond" Caraballo, "El Negro del Chorizo"; cantores como "Palito" Juárez, y dirigentes como Pancho Ungo, Javier Hontou Viana, Miguel Izemendi, Luis Zabalegui, etc.

\*

Cosa de no perderse, eran las sesiones de la Liga en la sede de la Junta Departamental. "Como a eso de la oración", iban cayendo don Ledo Arroyo Torres (a quien tanto le debe el fútbol olimareño), don Marcelino Torres España (el más treintaitresino de los españoles que conocí, pero no el menos español de los treintaitresinos), Dr. Antonio Pereyra Rodríguez (por Southampton), Prof. Jorge Mitre (por Liverpool-Wanderers), don Miguel Izemendi (por Treinta y Tres) y Cap. C. Magallanes (por Artigas). Había que ver las "trenzas" de dos, de tres, de cuatro, cinco, seis y más que se armaban. Naturalmente, no todo lo que se oía era para constar en actas; por algo se había elegido aquel lugar de reuniones, cuyas paredes estaban más que curtidas ya, por lo que llevaba andado allí la

historia legislativa departamental. Cierta ocasión en que el combinado olimareño debía enfrentar con pocas probabilidades al de Melo, y cuando se barajaban fórmulas para medio remediar la situación, un dirigente propuso la gran "salida":

— Empezamos con once jugadores; después, en el borbollón, los metemos al Negro Figueredo y nadie se da cuenta...

\*

Mientras tanto, allá por los campos de los barrios, iban creciendo los cuadros menores. En el barrio España, en el baldío de la Panadería Berriel, se debatían los Zeballos (José, Quico y Billiken); los Núñez (Juan Carlos, Raúl, Rubén y Homero); los Berriel (Tito y Homero), los Avila, Barón Lagreca, Asís Gallardo, etc. En la Vaca Azul se aprontaban los cracks que conoció después el fútbol local, y así.

También en los pueblos del Departamento, se iban haciendo las primeras (y las segundas) armas futbolísticas. Recordamos de entonces "El Toro Negro" de Isla Patrulla (Fernández Cruz, Martínez Saravia, Caetano, Cruz, Fuentes, Silvera, Victoria, etc.); el ya famoso Vergarese de Vergara, cuya larga lista de nombres vamos a incluir después que consultemos a los Robaina.

De uno de estos conjuntos pueblerinos que no vamos a nombrar, hasta ahora se recuerda un famoso telegrama que cursó a su "hinchada" ansiosa por el resultado de un partido con un cuadrado local en Treinta y Tres: "Mereciendo ganar... perdimos siete a cero", decía.

\*

¡Aquello sí, era fútbol! La verdad es que han pasado veintitantos años de agua por debajo del puente viejo del Olimar. ¡Veintitantos años, sí señor!... (1)

Julio C. DA ROSA

(Especial para EL DIA)

(1) Ayudaron a mirar a través de este mundo de tiempo, Homero Barboza, Hugo de los Santos, Homero Ifrán, Salvador Lacurcia y Santos López.



La Cancha Vieja en la actualidad, despojada de sus antiguos árboles y bajo la permanente amenaza de las crecidas del Olimar. (Foto De Grandi).



Otro aspecto de la Cancha Nueva. (Foto De Grandi).